

CEBRAÑÚ Y LOS SAURIODRILOS EXPECTANTES

Xan Eguía

# **CEBRAÑÚ**

**Y LOS SAURIODRILOS EXPECTANTES**

**EL PERSONAJE QUE PERMITE ENTENDER  
A UN SUPERDOTADO**

**XAN EGUÍA**



# Capítulo 1

## **Cebrañú**

y los sauriodrilos expectantes

*El personaje fantástico que permite entender a un superdotado*



Xan Eguía

661 59 88 16

## **Índice**

**Introducción**

**El origen de Cebrañú**

**Es difícil describir un aroma, una emoción ni te cuento**

**Matar no entra en su código de conducta**

**El concepto erróneo de "ir a clase"**

**Ego/yo/súper-ella**

**Par, impar, primo**

**La adversidad, la épica de una mirada**

**¡Sauriodrilos todos!**

**¿Quién hace las preguntas? El honor es una respuesta en sí mismo**

**La imprecisa definición de rebeldía**

**Las doce pruebas de Cebrañú**

**Destrozar termiteros no es una opción de futuro**

**Amor, *conditio sine qua non***

**¿Quién, yo?**

**Récord: 3 minutos**

**Espejito, espejito**

**Defensa india de rey**

**Clarividencia que el babuino claramente no ve**

**No ser menos de lo más que puedes llegar a ser**

**El segundo de paz de un sabio atormentado**

**Hagan sus apuestas**

**¿Qué es ser adulto?**

**¡Lúdica agonía!**

**¿Yo sé hacer todo eso?**

**El alma, la psique y un dios nórdico**

**Mejor solo que ser mala compañía**

## **No me lo creo**

### **Epílogo**

### **Introducción**

Cebrañú era un personaje como cualquier otro. Es decir, él pensaba que era un ser normal, con sus capacidades y emociones normales, con una visión del mundo amplia y éticamente responsable. Un ser normal y corriente, o así le hubiese gustado. Aunque la percepción de sí mismo y el mundo era imprecisa. Cosas mágicas, pensaba él, algo que se recompondría con el paso del tiempo. Y le permitiría acercarse a los demás.

Su devenir y su destino eran realmente épicos. Para Cebrañú, untar una tostada se podía convertir en asunto serio, terrible, con implicaciones morales más que considerables: "¿Margarina o mantequilla? ¿Sufre el animal? ¿Tuesto el pan o se extenderá bien en frío? ¿Puedo crear arte con una tostada? ¿Tengo realmente hambre o mi cerebro me engaña? ¿Tiene algo que ver esta tostada con el hambre en el mundo? ¿Es irrisoria la ley de Murphy? ¿Por qué pienso tanto con una tostada en la pezuña?"

Hasta que un buen día, cuando sentía haber divagado demasiado por el mundo, después de haber fracasado una y otra vez, y en una enésima ocasión... Cebrañú trascendió a un nuevo nivel de conocimiento. Siempre se había sentido diferente y solo. Y dolido. Viviendo en el caos, en la búsqueda metafísica del mundo. Incluso cuando extendía mantequilla (o margarina) sobre una tostada. Sucedió cuando una amable cebra normal le reveló la verdad. ¡Afrenta! ¿Una cebra normal explicaba el sentido de su maltrecha existencia en este plano de la realidad? Según informaron a Cebrañú, era superdotado, lo cual no tenía el más mínimo sentido.

Y entonces, ¿qué?

### **El origen de Cebrañú**

Las cebras, año tras año, cruzaban la sabana y el río infestado de cocodrilos. En manada, todas juntas, sin pensar demasiado, su singularidad se diluía en el sentimiento de grupo. Los ñus hacían más o menos lo mismo. Cada año, muchas de ellas caían presa de las mandíbulas de los cocodrilos, convirtiéndose en bolo alimenticio. Los ñus hacían más o menos lo mismo. Aquel año el gran e inmenso sauriodrilo despertó de su letargo, tenía hambre y en un momento fatal, la cebra número 10.537 y el ñu 8.424 fueron devorados al unísono. Como sucede en ocasiones el sauriodrilo giró velozmente sobre sí mismo. Normalmente los cocodrilos lo hacen para desmembrar a sus víctimas pero, en este

caso, tras haberlos ingerido de un bocado, el sauriodrilo lo hizo únicamente por estirarse un poco.

El giro de este ser mítico generó un campo de onda mística en su estómago. Como un acelerador de partículas, su estómago tornó vaso de precipitado donde la mezcla génica de ñu y cebra dio fruto a un nuevo ser. Un ser extraño, mixto, ambiguo, que sentó mal al estómago del sauriodrilo, que regurgitó a la cebra número 10.537, al ñu 8.424 y al retoño.

-Te llamarás Cebrañú –sentenció el sauriodrilo.

-Vale, me parece bien. ¿Esto es el mundo?

### **Es difícil describir un aroma, una emoción ni te cuento**

Cebrañú no sabía hablar bien todavía, quizá porque era difícil poner en palabras pensamientos confusos. Confusión describe bien la personalidad infantil de Cebrañú. Y la de adulto. Era difícil comprender el pánico de su madre cebra a ser devorada por leones. Quizá la ausencia del ñu 8.424 tampoco ayudaba. Es decir, Cebrañú sentía el pánico, pero nadie le había explicado qué era el pánico. Y mucho menos que éste era generado por leones, seres desconocidos por él. Así que el miedo se atenazó a su ser, considerando que tener miedo era lo normal.

-Cebrañú- dijo su maestra-. ¿Por qué tiemblas todo el rato?

-Es mi deber –respondió-. Lo raro es que usted no tiemble.

Cebrañú tuvo miedo cuando jugaba con sus amigas cebras y amigos ñus. Tuvo miedo cuando pastaba o cuando llovía, cuando saltaba e incluso cuando corría entre las manadas escapando de unos enormes gatos que rugían de bella forma. No sabía por qué, pero allí corría todo el mundo, todos temblando.

Descubrió un día que aquellos felinos bellos eran los leones que aterraban a su familia. ¿Cómo podría protegerlos? Temblando, lo único que hasta ahora sabía hacer. Eso sí, que quede claro, a Cebrañú no le daban miedo los leones. De hecho, y en un paradójico proceso de inferencia lógico-instintiva, cuando Cebrañú se encontraba con un león, no tenía miedo.

-¿No huyes? -preguntó el león.

-¿Huir?

-Escapar –continuó la leona-. Te vamos a devorar.

-¿Devorar?

-Qué cría más rara de cebra –dijo el león.

-Es un ñu –corrigió la leona-, un ñu muy raro...

-Me voy a temblar con mis amigos –zanjó Cebrañú.

Puede parecer extraño, pero Cebrañú, rara cría de-lo-que-fuere, era una especie de esponja emocional. Este hecho generaba una extraña empatía en Cebrañú, mimetizándose con las emociones, actitudes y palabras de quienes le rodeaban. ¿Es que nadie podía explicarle que eso no era lo normal? Normal, un concepto que tampoco le explicarían nunca.

Cebrañú, al crecer, recordaba cosas. No hacía demasiado caso a sus recuerdos; de hacérselo, podría llegar a pensar que estaba loco. Recordaba, finalmente tuvo que aceptarlo, estar dentro del sauriodrilo, antes de nacer. Lo sentía, al menos. ¿Recordar es sentir, se siente al recordar? No sabía si era lo mismo, pero aquel recuerdo generaba el mismo miedo que su primer recuerdo consciente: junto a su madre cebra, bebiendo aquel miedo que ella sentía en todo momento. Sentir no es racional, pero eso Cebrañú no lo sabía. De hecho no sabía que aprendía dejándose contagiar por las emociones de los demás. Complejo. Claro que tampoco sabía que era complejo porque tampoco lo habían prevenido sobre algo llamado complejidad.

-Vamos a jugar a perseguirnos, Cebrañú –preguntó un infante ñu-.  
¿Vienes con nosotros?

-No.

-¿Por qué?

-Va a salir mal- dijo Cebrañú-. Me da miedo.

-¿Miedo? –se extrañó su compañero-. ¿Por qué? No hay leones por aquí, y nos han dado permiso, es divertido.

-No.

-Vaya berzotas.

Finalmente todo salía mal, alguien se enfadaba y algún otro salía lesionado. No había explicación racional para ello, pero salía mal, y Cebrañú sabía que tenía que ser así. Las jóvenes cebras miraban y veían a un cachorro raro, con cara de extrañeza, de no comprender por qué. Apartado. Cebrañú hubiese preguntado qué pasaba por su cabeza, pero

¿preguntar exactamente qué?

### **Matar no entra en su código de conducta**

Bueno, esto también es discutible. Más que nada porque el atontado de Cebrañú no sabía –estamos comprobando que saber, lo que es saber, no sabía nada- que tenía un código de conducta. De saberlo se hubiera vuelto un soberbio, así que mejor su ignorancia.

Los demás aprendían de las palabras de sus mayores. De sus actos también, aunque de manera poco consciente. Sin embargo, Cebrañú llevaba impreso desde su nacimiento una impronta moral inabarcable, que no sólo conducía su vida sino que juzgaba –tampoco era exactamente consciente de ello- a sus mayores. No saberlo quizá fuese mejor, hubiese sido un cachorro repelente, o no. Pero su estulticia le hacía parecer ante los otros como un crío ingenuo, algo atontado o cobardica. ¡Espabila, Cebrañú!

Y desapareció. Nadie lo encontraba. Siguieron los rastros de sus lágrimas a través de la árida sabana pues era verano. Preguntaron a elefantes, gacelas e impalas, pero nadie sabía dónde estaba Cebrañú. Finalmente apareció junto a una charca, hinchados los carrillos a reventar del agua que... no bebía.

-Cebrañú, ¿qué diantres estás haciendo ahora?

-Debo llevar agua al baobab. Debo limpiarlo, sanarlo, salvarlo.

-¿Qué le pasa al Baobab?

-Que le mee encima.

Sí, años después, tras haber borrado tantos recuerdos de su memoria por una cuestión de supervivencia cerebro-emocional, Cebrañú recordaba vívidamente aquella dura experiencia. Tan joven no pensó en las consecuencias, y en el recreo no se le ocurrió más feliz idea que no ir a la charca de meados. Meó directamente sobre un baobab. Una joven cebra, bastante idiota -Cebrañú sabía que iba a ser idiota de mayor por joven que ésta todavía fuese-, le dijo que iba a matar al árbol. Cebrañú se recuerda con el pito entre sus pezuñas, asesinando a la majestuosa planta. Recuerda la voz de la cebrita, la luz del sol, el jaleo de sus compañeros y compañeras, el sudor en su frente. El olor del baobab, el olor de su pis.

Esto generó en él una sublimación de su conducta ética. No podía dejar en la estacada a seres con problemas. En su infancia sufrió picaduras rescatando abejas, pollos de marabú e incluso una rata a la que su tía cebra había dado una coz. Todavía hoy, al ver sus pezuñas, siente el tacto

de aquellos animalitos, el olor de la tierra al enterrarlos, cuando morían. Sin embargo -aún lo recuerda- respetaba a la araña, envolviendo en su hilo a aquella mosca. No debía intervenir en la mecánica de la naturaleza; se despertaba su instinto científico, observador, de tipo analítico.

### **El concepto erróneo de "ir a clase"**

¿Qué diablos es ir a clase? Se llegó a preguntar Cebrañú. Era bueno, tan bueno que era idiota. Ir a clase era hacer caso a su madre, tenerla contenta. O, quizá sea mejor verlo así, evitarle preocupaciones. Entendemos por madre a la cebra número 10.537, el ente sauriodrilo implicaba disquisiciones metafísicas que Cebrañú todavía no visualizaba para ser consciente de que era imposible plantearse preguntas acerca de asuntos de los que nadie te ha advertido su existencia, como el origen de la vida, la existencia, porqués mayúsculos. Me agoto. Se supone que Cebrañú disfrutaba. Mejor dicho, él creía que debía disfrutar. ¿Porque la educación está planteada como un juego? No, porque era un cachorro y así debían ser las cosas. De adulto sigue pensando lo mismo. Además, se debe disfrutar porque aprender es divertido. De hecho, es probable que se aburriera y creyese que tenía que aprender más cosas por su cuenta. Miento, no era consciente, pero Cebrañú disfrutaba siempre, a su manera, de todo. Aprendiendo también. Pero en clase todo estaba dispuesto ordenadamente; espacios, tiempos, levantamientos de mano... Al igual que en la vida de los adultos. Así que la vida debe ser algo ordenado. Durante un tiempo Cebrañú lo intentó. ¿Si a los adultos tanto orden les provocaba tanto miedo, malestar y enfados, por qué se empeñan en reproducirlo? ¿No podían confiar en que la gente haría lo correcto? Porque la gente hace lo correcto, ¿no es verdad?

Aprender. Es importante aprender cosas de verdad. Cebrañú disfrutaba con libros de animales, allí estaban sus congéneres y otros seres de otras partes del mundo. Como le parecía importante, se aprendió los nombres de aquellos atractivos cohabitantes de la existencia con apellidos y todo. Cuervo: *paseriforme*, *córvido*, *corvus corax*. Arrendajo, *garrulus glandarius*. León, *panthera Leo*...

Pero ir a clase era raro, siempre cuestionándote, poniéndote contra las cuerdas, examinándote. Emocionalmente algo raro, difícil. Aburrido a veces, muchas. Creativamente cuestionable. Pasaban cosas raras. A veces los profesores se comportaban mal y Cebrañú no debía decir nada. En una ocasión les obligaron, sí, obligaron, a escribir una redacción sobre una travesura o algo malo que hubiesen cometido en sus vidas. ¿Cómo le podían obligar a algo así? Cebrañú jamás había roto su código de honor, él no había hecho jamás nada malo. Su maestra se extrañó mucho. Cebrañú, a día de hoy, todavía trata de explicarse esa extraña emoción de avergonzarse por no haber hecho nada malo. Algo en la escuela no

funcionaba.

## **Ego/yo/súper-ella**

No, realmente en las escuelas no están atentos a Cebrañú. La diferencia cebra-cebro o ñu-ña no ha sido delimitada más que por tener un pequeño apéndice colgante. Por un mecanismo urinario diferente. Quizá los cachorros aún no diferencian otros detalles. Ellas juegan con ramitas trenzadas imitando muñecas, ellos con ramitas trenzadas imitando ñus guerreros mata-leones. Pero juegan juntos, y sus relinchos y gañidos suenan igual, no les ha cambiado la voz ni ha llegado la muda de pelo. Pero Cebrañú siente algo más. Siente ser hembra, sabe que puede comprenderlo, y sucede lo imposible.

En aquella hondonada del terreno, donde todos los pequeños ñus y cebras jugaban a salvo, él se transformó en algo que podríamos denominar Cebrañá. Era él en una versión hembra. Se vio, era sencillo hacerlo, como ella. Como se supone que son ellas. Como les enseñan, como los cachorros traducen emocionalmente la imagen que les ofrecen los adultos ya desarrollados. En el juego loco de todos aquellos cachorros que jugaban a perseguirse –como los cachorros de casi cualquier otra especie– se sintió aislada, incomprendida. Se sintió bonita porque sentía bonito sentirse así, con una sensibilidad diferente, más tranquila, algo que podía desarrollar si conseguía hacerse consciente de ella. Con naturalidad, y por natural, bonito y agradable.

Pero llegaron los problemas. Su imaginativa mente creó enormes hienas que debían ser machos -a pesar de su nombre- que lanzaban redes por doquier. Ella, Cebrañá, quedó atrapada, no supo qué hacer, pues una dama no sabe actuar ante la acción. Chorradas. Simplemente se calmó, las redes se transformaron en lecho. Y qué triste, qué triste saber que ellas deben esperar a ser rescatadas. Eso no le gusto, y una sensibilidad especial, quizá no mejor, eso no lo sabía, pero más calmada y reflexiva, la inundó. Se recogió sobre sí misma, siendo ella y fuera el mundo. Un poquito sola. Quizá por ser ella. Quizá porque todavía recordaba ser él, es decir, Cebrañú, no simplemente un macho de la especie. Pero no encontró la diferencia, sentirse solo o sola era más o menos lo mismo. Pero había sido ella. Las hienas, que habían estado cercando las redes, las tomaron con sus mandíbulas y marcharon.

-Despierta, Cebrañú –la maestra le hablaba-. Hemos de volver a pastar.

-Mira qué cara de búfalo tonto tiene –dijo un pequeño ñu. Cebrañú se había quedado traspuesto, como cuando un león, o un gato, parece hipnotizarse observando una pared blanca.

Cebrañú miró a la cebra maestra, con cara afectada, y no supo qué decir. De nuevo, no había palabras o conceptos que aplicar a una posible

pregunta. Cebrañú volvía a parecer un poco ajeno, solitario. ¿Serías capaz de entrar en una tienda y pedir una chaqueta roja si no conocieses el color rojo? ¿Y si tampoco conocieses lo que es una chaqueta? ¿Y si el dependiente tampoco conociese el color rojo, ni siquiera la chaqueta?

Cebrañú, desde aquel momento y por siempre, comprendería mejor a cebras y ñas, a las hembras. Se sentiría más a gusto entre ellas. Y no hablamos de jugar con eso que tenía entre las piernas. Era todavía demasiado joven e ingenuo para pensar en esas cosas.

### **Par, impar, primo**

-Oh, chamán, explícame qué son los números pares –preguntó Cebrañú.

-Números divisibles por dos. Vayas preguntas me haces.

-¿Simplemente? Entonces, ¿por qué necesito los pares?

-¿Necesitas? –el chamán no entendía.

-Sí –trató de explicarse Cebrañú-. Es una cuestión de orden, los pares me hacen sentir el mundo y a mí mismo ordenado. Me gusta el cuatro, que son dos veces dos, como doblemente ordenado. Dos pezuñas delanteras, dos traseras, cuatro. Dualidad, tierra y cielo, bien y mal.

-¿Esto lo has hablado con alguien?

-Jamás, no sé explicar estas cosas y nadie me habla de ellas porque creen que soy un crío, que lo soy, por eso no se me ocurre preguntar a nadie porque se supone que ni siquiera soy capaz de ordenar mis ideas y entenderlas para preguntar esto. Es como si no me hubiesen enseñado un alfabeto emocional y conceptual de la realidad, en este caso aplicado a mi empatía con los números.

-Pero a mí me lo estás preguntando –se extrañó el chamán.

-Mentira. Eres una ensoñación subconsciente de mi futuro, una imagen generada por mí, como tantas otras veces, para explicarme cosas a mí mismo. Es más, ya te digo que llegará un momento en que me hartaré del orden y odiaré a los números pares. Entonces mis números serán los impares, me gustará la incertidumbre y sobre todo saber que no son divisibles por nadie, salvo el uno, que representa mi individualidad, aunque es aburrido por obvio y pretencioso. Los impares tienen personalidad. Me gustará el trece, ir a la contra y asumir la mala suerte será divertido, hasta que me dé cuenta de que el trece es la suma de uno y cuatro y odio el cuatro. Entonces me gustarán los números primos que

son expresión absoluta de individualidad, además de honrados.

-¿Honrados? –preguntó el imaginario chamán.

-Sí, pues los impares pueden ser el resultado de la multiplicación de otros números impares. Los primos no, son sinceros y únicos. Como las rayas de las cebras, que aunque no lo parezca son únicas, no hay dos cebras iguales. Es más, seguro que existe algún número primo más único que cualquier otro, que los contenga a todos y los derive hacia el infinito...

Mientras Cebrañú rumiaba todo esto en su intelecto, ese intelecto sin acceso a un lenguaje emocional que abarcase incluso los aspectos científicos de su mundo, los pares lo dominaban. Si trotaba junto a su madre por la campiña y chocaba contra su costado izquierdo, rápidamente trotaba al otro lado y provocaba un contacto idéntico en el derecho que compensaba su sensación de orden. La cebra número 10.537, su madre, se extrañaba y lo apartaba con cara de "vaya cosas raras hace el vástago". Cebrañú se hubiese ruborizado si eso fuese posible en una cebra, o en un ñu, o en un ser como él.

Un día, cerca de un poblado masai, pisó una brasa ardiente con su pezuña delantera derecha...

### **La adversidad, la épica de una mirada**

Sí, Cebrañú fue creciendo. Su moral, que debían formar como a la de cualquier otro, ya venía de serie. Él no se daba cuenta y seguía extrañándose de las maldades de sus compañeros, e incluso de los adultos. Él, incluso en las clases aburridas, mantenía su rictus controlado, al igual que los impulsos de mascar conversaciones a escondidas de los maestros. Todavía un crío, portándose con corrección, en esa edad incierta en que se supone ya está superada la fase egocéntrica y piensas en el punto de vista de los demás. ¿Acaso él no sentía haberlo hecho siempre? Qué raro...

Aquel maestro ñu era un completo imbécil, y Cebrañú lo sabía. Pero aún no había sido desarrollada su mitológica resistencia a la autoridad. Un día preguntó aquel estúpido:

-Habéis tenido un puente largo. ¿Alguien ha leído algún libro? Tú, Cebrañú, ¿qué has leído?

-"La Casa de la Troya" –que era una antiquísima novela española que Cebrañú encontró perdida en la sabana. Los turistas olvidaban cualquier cosa.

-¡¿Qué!?! –exclamó el maestro-. Imposible. Eso es de mayores, no lo entiendes, eso no puede gustarte. ¿Por qué has leído eso? -. El maestro

obvió la pregunta y no elogió al niño Cebrañú. El pequeño lo observó y reconocería más adelante, al recordar, lo que delataban los ojos del adulto... ¿Celos, envidia?

Cebrañú fue cuidadoso, no levantaba la voz, atendía a las lecciones mientras no se despistaba o fantaseaba. Pero un día, en aquella última hilera, habló con un compañero. El maestro se levantó y se acercó a los dos cachorros. Hizo levantarse al otro para hacerle tropezar, éste cayó y se echó a llorar, superado por la situación. Entonces, de nuevo, la transformación de Cebrañú.

Sintió la incompreensión del compañero, también su imperdonable pérdida de dignidad. Robada, pero no merecida a menos que se levantase... ¡No!, se la habían robado, tenía derecho al llanto, y eso irritó a Cebrañú. Sus cuernecillos se encendieron como fósforo, como teas de azufre, como el mismo infierno. Sus ojos, inyectados en sangre, desafiaron al maestro. Le miró fijamente, imperturbable. Sabía que el maestro sabía que no podía hacer nada, ni defenderse, ni pronunciar palabra. Sabía que el maestro sabía que lo sabía. Y el maestro sólo pudo hacer una cosa. Pegarle. Todos callaron, el maestro volvió a su puesto y, en voz queda, continuó la clase. Me vengaré, mi desprecio te acompañará siempre. Me has golpeado, pero esta victoria es mía.

Aquel adulto era una especie de estrella del rock tratando de quedar bien con sus alumnos y alumnas. Cebrañú comprendió que él, en ocasiones, observaba todo desde fuera, como ajeno, midiendo, juzgando. Y, a pesar de sus dudas, de sentirse apartado, esas veces sabía que tenía toda la razón. Aquel adulto era un mentiroso egocéntrico, un ñu que trataba de sentirse importante cuando en realidad era bajito y feo. Y sus compañeros y compañeras, idiotas, pobrecillos.

Un día después, un cachorro ñu, por algo que no se recuerda, golpeó a Cebrañú. Fue algo inexplicable, y así, no se pudo defender. ¿Por qué? Ni fósforo ni azufre. Cebrañú lloró.

### **iSauriodrilos todos!**

Como aquel ser que lo generó. Como aquello que es parte de ti pero extraño y ajeno. Todos son parte de Cebrañú.

Cebrañú recuerda. Casi aprendiendo a hablar, aquella cebra se fue a vivir a otro rebaño. ¿Por qué, por qué os la lleváis? Ella estaba alegre, celebraron su marcha, ¿celebrar? Aquella cachorra estaba en su pequeño rebaño-guardería, ¿por qué? Todavía hoy recuerda aquello, mejor dicho, aquella emoción. Vista desde fuera, desde su visión analítica, fría. ¿Cómo podía quemar al mismo tiempo?

¿Cómo podían enseñarle y pegarle?

¿Quererle y castigarle?

¿Ser compañeros y agredirle?

¿Cómo se puede ser y no ser?

¡¿Cómo se puede entender y sentir el caos?!

¿Cómo se puede preguntar a un adulto algo que escapa a las emociones de un adulto normal? ¿Cómo preguntar algo que no sabes lo que es? Cebrañú deseaba estar en todos, ser con todos, o algo así. ¿Pero no entendían? ¿Era suyo el error, qué estaba haciendo mal? A partir de aquel día fueron todos como aquel ser que lo generó. Como aquello que es parte de ti pero extraño y ajeno. Lo inexplicable. Como un sauriodrilo. Es y no es. ¡Sauriodrilos todos! Cuando no entendían, cuando Cebrañú no entendía, sauriodrilo todos. En combate cósmico. Y ya está.

Durante muchos años, Cebrañú entraba en un estrambótico y autodestructivo sistema místico de defensa. Sus cuernos se encendían solos, sin avisar, mientras los demás se transformaban en sauriodrilos, expectantes de los movimientos de Cebrañú. Y mientras ejercían su expectación, la incertidumbre lo invadía.

### **El maduro sentimiento de ser/estar/parecer un cachorro mugriento**

Peregrinación. Ese acto anual que manadas de cebras y rebaños de ñus organizan cada año es un despliegue de conductas estereotipadas que potros de cebra y crías de ñu imitan por naturaleza. Imitación. Es algo natural. No para Cebrañú. Él es un rarito aunque intenta hacer lo que se le pide. No imita, no exactamente, él estudia, analiza, sin ser consciente de que lo hace. Observa, y queda mudo de asombro, algo no encaja.

Esta es una de las últimas migraciones antes de que empiecen a considerarlos jóvenes, y no crías infantiloides. En el viaje hay tiempo para observar a los adultos y jóvenes pimpollos, pero también hay tiempo para jugar. Cebrañú está sorprendido, consciente de las conductas imitativas de los que él considera sus iguales.

-¡Vamos, a la charca! –Cebrañú ha encontrado una horadación en el terreno, llena de barro. Se lanza, arrastrándose por el desnivel hasta caer y chapotear en el barro.

-Pero qué estás haciendo –dijeron sus compañeros machos.

-Mancharme, revolcarme, romperme la piel disfrutando de la sensación vital del contacto con la naturaleza que nos rodea. Es mágico, es divertido, es.

-Es tonto –poco más dijeron.

Los cachorros machos observaban a los jóvenes y trataban de imitarlos. Posturas, actitudes, movimientos varoniles ante las hembras. "Pero si tenéis pelo por todas partes menos en el pito", caviló Cebrañú. Fue otro triste momento de revelación. Aquellos compañeros deseaban ser mayores, pero no sabían que todavía no lo eran. Seguían siendo unos críos. Cebrañú comprendió en ese momento que él había dejado de serlo. De nuevo, su análisis lo apartaba, lo protegía en una burbuja, mientras observaba. Y tomó una decisión. Él seguiría siendo un cachorro mientras le permitiesen estar todo mugriento. Probablemente, pensó, sintió, nunca seré adulto del todo. Y no lo fue. Pero en ese momento de rebelión, se lanzó de nuevo a la charca y se puso perdido, revolcándose con algún inmaduro de su edad y algunos más pequeños.

Después, inmundo como estaba, galopó entre rebaño y manada manchando a todo el que se ponía a tiro. Era un niño, ejercería como tal el poco tiempo que le quedaba. Ejerció el resto de su vida, dicen. A los de su edad, ni pizca de gracia. Sí se la hizo a los jovenzuelos de más edad, que se pusieron a jugar con él. Cebrañú los observó, y encontró actitudes divertidas y otras ciertamente estúpidas. Tampoco se encontró cómodo. Bueno, sí, algo. Pero no. Lo de siempre. Se quedó solo con su ansiada inmundicia.

### **¿Quién hace las preguntas? El honor es una respuesta en sí mismo**

Nadie. Absolutamente nadie. A él no le hacen las preguntas correctas. Cebrañú no sabe plantearlas. Quizá nadie le enseña nada. El mundo es un lugar extraño.

¿Sabe acaso el que investiga que investiga? ¿Si cree estar haciendo otra cosa como sobrellevar la vida, eso es investigar? ¿Es aprender cuando crees que no entiendes nada y tan solo quieres defenderte ante el mundo? ¿Es aprender aprender jugando? ¿Ser curioso tiene mérito? Sólo hay mérito si uno se esfuerza conscientemente en algo, pensaba. Cebrañú tuvo un problema –en realidad muchos-. Éste en particular era la conciencia de. Era consciente de que buscaba. Pero no era consciente de qué. No se esforzaba conscientemente en nada. Eso le hacía sentirse idiota. Sólo parecía normal cuando atendía a lo que le enseñaban. Pero aquello era absurdamente fácil. Los profesores regañaban a las pequeñas cebras que no sabían contar rayas y a los ñus que embestían mal con sus cuernos. Tardó toda una vida en entender que aquellas crías tenían dificultades. Cebrañú creía, honradamente, que eran vagos, o malos, o

que no querían prestar atención. Pero esas cosas que les enseñaban no eran las cosas que Cebrañú hubiese deseado aprender. De forma algo bobalicona e inconsciente descubrió algo, un mensaje, algo impreciso, en la aldea masai.

Allí no hacían preguntas. Cada jueves había un club de lectura, y el viernes pasaban una película. Cebrañú acudió al chamán, un babuino destemplado, que le ayudó a disfrazarse de masai. Así, jueves y viernes, Cebrañú se infiltraba y disfrutaba de aquellas historias. Se embotaba de sentido. Inconscientemente. Era tan joven, no era capaz de encontrar la pregunta, por lo tanto aquello no eran respuestas. Pero entendía cosas que no llegaba a ver en el mundo adulto que le rodeaba. Así, reconocía emociones o conceptos que él ya vivía desde siempre.

Honor. Esa extraña palabra en desuso que pocos parecían conocer. ¿Cómo podían ser todos tan raros que no la ponían en práctica? Nadie lo hacía, pensaban que era un concepto de historias imposibles, algo del pasado, algo de lo que nadie se ocupaba de transmitir. El ser de los cuernos incandescentes debía aprender considerando siempre ese algo que llevaba dentro: el honor. Ahí queda eso, pobre Cebrañú. Imagínatelo jugando con sus amiguitos...

## **Disfraces**

Eso sí que se le daba bien, aunque fuese motivo de preocupación. Realmente él podía mimetizarse bien entre los masai sin ayudas, aunque no lo sabía. Era como una especie de esponja emocional. Podía beberse a quien estuviese a su lado, entenderlo a su manera, sentirlo. Y, finalmente, actuar como ese alguien, con su manera de hablar, sus intereses, necesidades. Eso hacía que sufriese con los que sufrían o se sintiese extrañamente contento con los contentos. No dañaba, jamás. Caía bien. Salvo cuando se le encendían los cuernos.

Los niños crecían y les salían pelos de más y les cambiaba el mugido y el relincho. Querían tener personalidad, aunque eso era algo que Cebrañú censuraba, porque no era más que un despliegue de idioteces. A él las hormonas también le afectaban, pero creía controlarlas, más o menos. El control que se puede esperar de una bestezuela preadolescente. Cebrañú descubrió infinidad de personajes entre sus "iguales". Podía disfrazarse y tratar de estar con ellos, entenderlos, podía mimetizarse y disfrutar de las vidas de otros.

-Me gusta la carne.

-A mí también -dijo Cebrañú.

-La pasión de la caza y la recompensa.

-Sí, la furia desatada, la persecución, los tendones tensos, el corazón palpitante... -recitaba Cebrañú, convencidísimo.

-Cebrañú, vuelve al rebaño -dijo la cebra número 10.537-. Eso es un león y quiere que vayáis a cazar un búfalo.

Pero, ¿cuál era el deseo real de Cebrañú? ¿Qué deseaba ser? ¿Por qué disfrutaba de todo? Esto originó graves problemas de personalidad y la sensación de que no sabía que debía o quería ser.

-Amigos, de nuevo siento ahogarme en problemas existenciales.

-Ya empieza Cebrañú -decían sus compañeros. Qué dura sería la adolescencia.

### **La imprecisa definición de rebeldía**

Lo que les enseñan ya no sirve a Cebrañú. A día de hoy podría delimitar los motivos. En aquel entonces, que resuena a pasado mítico y terrible a este personaje, era imposible. Las enseñanzas ya no le motivaban, no siempre eran divertidas y los aprendizajes no eran creativos en absoluto. Se le iba la cabeza, fantaseando, jugando, perdía la concentración. No sabía de qué le serviría todo aquello en el futuro. ¿Por qué no les explicaban los objetivos de la vida? Ya no de lo estudiado, sino de la misma vida. La cebra 10.537 tampoco planteaba estas cuestiones. Había profesores inaguantables, aburridos o mala gente. Cebrañú, a veces, escapaba del tedio, del enorme aburrimiento. Visitaba la sabana o acompañaba en pequeñas migraciones a compañeros osados y rebeldes. A veces iba a clase, a veces estaban bien. Durante un tiempo, aprendía. Pero se vino abajo. Al parecer una cebra del pasado había descubierto algún tipo de cálculo diferencial que servía para elaborar unas extrañas fórmulas para contar rayas de grupos de más de veinte cebras al mismo tiempo. No lo entendía. Emocionalmente no tenía sentido para él. No le motivaba ni divertía y, por primera vez, falló las respuestas.

¿Por qué alguien se había interesado por esa estúpida fórmula? ¿Quién, cuándo, cómo, en qué época, qué contexto? No era divertido. Cuando se contextualiza, él entiende. Un día, entre los masai, vio un documental acerca de cómo Kepler propuso las órbitas elípticas de los planetas. Aquel tipo era un pirado, pero aquello tenía sentido, un porqué. Es más, se sorprendió de que Kepler entendiese todo aquello por intuición.

Intuición.

Esto es importante. A veces, Cebrañú sabía. Y sabía que cuando sabía sabía más que nadie. Pero se lo callaba, cuando podía. A veces las cosas

iban mal y sabía por qué. Pero no sabía explicarlo. La lógica paradójica de la intuición. Tuvo que derivar –término científico/matemático- del honor, la humildad. A la que consideraba también suya. A veces esa intuición de que un maestro se comportaba mal, terriblemente mal, lo llevó a abandonar la clase, levantándose y marchándose, sin más. Explícaselo al director ñu si tienes narices. Estas cosas podían alterarlo mucho y se encendía su cornamenta.

## **Las doce pruebas de Cebrañú**

-No eres capaz, Cebrañú.

-¿Quién ha dicho eso? –se exasperó Cebrañú-. ¿Por qué, por qué lo dices, por qué siempre pensáis que no puedo?

¡No, Cebrañú! No hagas caso, no han querido decir eso. No es más que una distorsión de la realidad por tu parte, una forma de pensamiento patológico tuyo. Sobregeneralizas un comentario sin mala intención.

-Y una mierda.

Polarizas el asunto, llevándolo al extremo, no todo es blanco o negro.

-Venga ya, esto no me gusta.

Pero si eres tú mismo manteniendo una conversación contigo.

-Seguro que de algo seré capaz, algo se me dará bien... digo yo.

-Vale, Cebrañú –le preguntaron-. ¿Vienes a saltar por encima de los termiteros?

Cebrañú saltó por encima de los termiteros. Pero una vez demostró que podía hacerlo con cierta facilidad y destreza, dejó de entrenar el asunto.

-Cebrañú, ¿serás capaz de hacer sonar ese tambor masai? –y lo consiguió. Hizo sonar el instrumento e incluso podría decirse que no sonaba mal. Así, Cebrañú superaba prueba tras prueba, sin saber quién juzgaba el éxito o fracaso de la encomienda. Él, o los demás. Cebrañú aprendió a burlar a las hienas, a contar rayas de cebras en movimiento, a nadar contracorriente, a imitar el barritar de los elefantes, a vaticinar el tiempo mirando a las nubes, a hablar el idioma de los facóqueros, a imitar las huellas de las gacelas, a cornear al búfalo cafre y escapar, a retratar a sus compañeras y compañeros sobre la arena, a replantear la cuestión de si las rayas de las cebras son negras o las blancas son las rayas.

-Me gusta hacer cosas. Me gusta todo, todo es divertido, pero... -pero no

sabía bien qué hacer o a que dedicar su pasión. Demasiadas opciones.

-Mira, Cebrañú –dijo un enorme joven cebra-. Soy capaz de saltar por encima de ese termitero. Cebrañú quedó maravillado pues, efectivamente, era capaz de hacerlo sin rozar la cima del enorme termitero. Lo que Cebrañú no se planteó es que aquel joven no sabía hacer absolutamente nada más.

### **Destrozar termiteros no es una opción de futuro**

-Hola, babuino chamán.

-Hola, Cebrañú, ¿qué quieres esta vez?

-¿Cómo te convertiste en chamán?

-No sé ser otra cosa.

-No entiendo.

-Pues que no sabría hacer otra cosa diferente.

-No entiendo.

-Que me saldría mal ser otra cosa que no sea chamán –el pobre babuino perdía algunas veces la paciencia con Cebrañú.

-Sólo chaman, nada más.

-Eso es –finalizó el babuino.

Cebrañú se sintió profundamente impresionado. ¡No sabría ser otra cosa! Aquello era maravilloso, admirable. Él, Cebrañú, podía ser tantas... Pero claro, ninguna de forma perfecta. No sabía qué ser.

-¿Yo podría ser chamán?

-Yo creo que el potencial lo tienes, pero...

-¡Pero qué! ¿Ya empezamos? No seré capaz, es eso... -me voy, eres como todos, no me entiendes.

Babuino chamán pensaba, quizá si fuese capaz de dedicarse a una sola cosa y trabajarla bien, alcanzaría su meta. Alguna meta. Si la tuviese. Alguna.

-Voy a saltar termiteros –dijo Cebrañú al entrenador de salto de

termiteros.

-¿Es lo que quieres hacer?

-Sí –la capacidad de autoengaño de Cebrañú fue legendaria en la sabana. No se le daba mal, enseguida alcanzó alturas considerables y con el tiempo fue un saltador nada desdeñable.

-Me canso –dijo Cebrañú-. Es agotador.

-¿Qué? –exclamó el entrenador-. Apenas llevamos dos lunas entrenando.

-Me canso. Me aburro. Demasiada presión. Todos pendientes del resultado. No conseguiré ser profesional de esto.

-Nadie te lo ha pedido. Vamos, anímate.

-Un último salto, y si funciona, me quedo.

No funciona, quiso saltar sobre el termitero más grande de la planicie. Lo atravesó. Le gustó la sensación de sentir su cuerpo exprimido al máximo. El dolor, incluso. Se rieron, se extrañaron. Cebrañú abandonó. Pero antes de marcharse del campo de termiteros, se fijó en el destrozo. Miles de termitas vieron su hogar arrasado. Cebrañú se sintió inmensamente culpable, además de fracasado. Se quedó allí tres días remodelando el termitero, implementando las infraestructuras, además de dejarlo realmente bonito. Una preciosidad. Nadie le dio la más mínima importancia. Cuando trataban de saltarlo, Cebrañú se metía en medio y corneaba a los saltadores.

El pobre babuino, cuando veía todo aquello, apenas entendía a Cebrañú. “No es muy racional”, pensaba, “el miedo y las emociones no parecen llevarse bien”.

### **¿Qué has querido decir? Dobles, triples y cuádruples sentidos**

-Hola, Cebrañú

“¿Hola? Nada más que hola seguido de mi nombre. La sonrisa oculta los dientes. Quizá me quiere sacar información. Eso es que no le caigo bien. No, debe ser que está triste y necesita entablar conversación, pero si lo atosigo se sentirá mal, quizá sea mejor hablar poco y permanecer aquí, nada más. O es tímido, en ese caso yo debería entenderle, pero no estoy seguro de entenderle porque tengo dudas, siempre tengo dudas. En fin, respondo:

-¿Adiós?

-Qué guapo estás, Cebrañú.

“Menos mal que un Cebrañú no puede sonrojarse. Pero, ahora que lo pienso, yo no soy guapo, ¿por qué lo dice entonces esta joven cebra? Quizá lo sienta así, pero es poco probable, no es muy creíble. A lo mejor desea pedirme algo, ganarse mi confianza. O quizá le dé lástima por algún motivo, lo cual me parece denigrante. Puede ser que yo pertenezca a un canon de belleza desconocido, ¿es eso posible? Además, qué envidia, yo sería incapaz de decirle eso a alguien. Desde luego, no si se lo dijera con sinceridad, sin embargo, si desease mentirle... Pero, ¿por qué motivo iba yo a mentirle a alguien?”

-No tengo motivo, la verdad.

-Cebrañú, vete a la mierda.

“Oh, válgame el cielo africano, ¿por qué está diciendo tal cosa? No recuerdo haber hecho nada malo. ¿O sí? No lo recuerdo, quizá soy tan estúpido que lo he hecho y no me he dado cuenta. Ser culpable de algo sin saberlo, condena atroz. Puede que esté de broma, sí, es eso, está de broma, los adolescentes somos así, nos decimos estas cosas. En fin, allá va:

-Hola, mamarracho del demonio.

### ***Amor, conditio sine qua non***

Puede ser que las películas de los masai consiguiesen turbar a Cebrañú. Por una parte había aprendido muchas cosas conductuales, morales o cosas así, aún imprecisas y desdibujadas. Es lo que pasa con el arte, es todo emoción. La ciencia decía otras cosas. El babuino chamán se las daba de filósofo y eso no era del todo bueno para Cebrañú.

-¿Qué es el arte, babuino?

-Lo que tú quieras que sea, Cebrañú –trataba de defenderse el mono-. Un canal de tu expresión y emotividad. Y déjame tranquilo.

-Entonces, si reinterpreto el arte desde mi punto de vista estoy generando a su vez un pensamiento también artístico.

-Eso ya es filosofar, Cebrañú.

-¿Qué es filosofar?

-Barruntar, cuestionárselo todo, darle vueltas al sentido, encontrar preguntas más allá de una primera respuesta, esa tan evidente y engañosa.

-Suenan divertido, suenan importantes, cósmicos. Así podré entender el amor de las películas y los libros.

-Buf –bufó babuino-. Me subo a mi árbol.

Y es que nadie se lo había explicado. Pero ¿cómo entenderlo? Punto primero: se supone que es algo así como una epifanía indiscutible. Te enamoras y ya está, te jodes. Punto dos: te descubres a ti mismo en otra persona. Punto tres: como adolescentes, peligro, las hormonas son traicioneras y harán confundir amor con carnalidad. Punto cuatro: filosóficamente el amor es una condición irrefutable de los humanos y humanas; discernible, carnal, intelectual, espiritual, aplicable a la misma existencia. Punto cinco: el amor es una experiencia estética: nos gusta, nos gusta enamorarnos del amor. Y si es guapa, más. Punto seis: necesita banda sonora. Punto siete: necesita parecerse a *Dirty Dancing* si eres chica (o Cebrañú), a *Conan* y *Red Sonja* si eres chico (o Cebrañú), a *Tristán e Isolda* si eres un intelectual o de trágico (o Cebrañú) o a las novelas de Jack London si eres Cebrañú. Punto siete: el amor puede ser un pilar espiritual. Punto ocho: el amor puede dirigirse conscientemente. Punto nueve: puede ser la base moral de toda cultura y sociedad. Dejamos los siguientes diecisiete puntos por agotamiento.

Cebrañú consiguió entrever en su juventud cinco o seis de estas opciones, pero no recuerda exactamente cuáles. El desgarramiento existía, la pasión, el desvelo y la vergüenza ante sí mismo. Se sentía estúpido y grandioso. Dudaba y se empeñaba en sentir la veracidad de sus sentimientos. Derivó dos, o nueve, conclusiones fundamentales. O diecisiete, ya le preguntaré. Primera: es posible amar a más de una persona al mismo tiempo, pero con intensidades, calidades y matices diferentes. Segunda: cada amor se amará más y mejor que al anterior porque a amar se aprende. Tercera: Una relación de una noche no implica no amar a esa persona. Quiérela durante esas horas, es posible y hermoso. Cuarta: Se puede amar a una persona de cualquier sexo o género, es una cuestión intelectual, aunque no se siente el deseo de implicarse físicamente. (Se cuestionaba lo siguiente: ¿por qué existía la homosexualidad en Grecia o el mundo árabe? Por la sencilla razón de que a las mujeres se las consideraba una caquita inferior, de ahí que se enamorasen de sus iguales, hombres. A nadie le gusta enamorarse de seres inferiores. Esto le provocó dudas. Sus hormonas las resolvieron rápido.) Quinta: la intensidad de amor por la familia o incluso por animales es alta. La diferencia vuelve a estar en el matiz sensual, físico etc. Sexta: puedes amar a casi todo el mundo. Esa cosa llamada empatía, si se desarrolla, permite entender, comprender y amar a las personas. Con tiempo y un

mínimo esfuerzo, te puedes enamorar de quien sea. Y si es guapa, más.

Cebrañú luchó con todas estas ideas que se sucedían sin palabras, conceptualmente mal expresadas en su psique. Creyó poder mantener a raya a las hormonas, pero fue incapaz el muy iluso. Sé de lo que estoy hablando.

### **¿Quién, yo?**

-Tengo un nuevo problema existencial –susurró Cebrañú.

-Ya empezamos –se reía entre dientes su compañero ñu-. Habla bajo que nos oye el maestro.

De nuevo Cebrañú exponía el problema del día anterior. Algo que tenía que ver con la percepción del tiempo, si sería posible medirlo de otra manera y no-se-qué sobre Einstein. Le afectaba a su sensación del paso del tiempo, a la inutilidad de recordar la infancia sin haber planeado el presente, que era un derivar hacia un futuro incierto. El tiempo es sentir que aprovechas tus posibilidades y cualidades, nada más. Les hacía gracia. Pero esa faceta cómica cuando Cebrañú hablaba de asuntos serios complicaba el asunto. ¿Le entendían o era un bicho raro? ¿Eran tan listos que podían tomarse las cosas a risa mientras al mismo tiempo escuchaban sus problemas? Debían de ser listos, más que él. Qué entereza mostraban afrontando la realidad del mundo, qué suficiencia. Qué tonto se sentía. Maldita sea, era un ser débil y extraño. ¿Qué hacer para cambiar, para ser normal y existencialmente compatible?

-Usted –dijo el maestro-. Oiga, usted.

-¿Quién, yo?

-Sí, usted.

-¿Yo?

-Fuera de clase.

Cebrañú se puso la chupa de cuero y se marchó, enfurruñado. Se preguntaba cuanto tiempo había pasado desde que empezó a desvariar.

### **Récord: 3 minutos**

No quería ver cachorros de animales. De otros animales, en este caso. Se daba cuenta de que en muy poco tiempo se generaba un lazo, una dependencia que lo unía emocionalmente a aquel pequeño ser. Miraba hacia otro lado, giraba la cabeza. Un día visitó a los jóvenes suricatos. Cualquier macho de su especie -de sus dos especies, en este caso-, lo

hubiese tachado de lila. Cualquier hembra de sus dos especies, poniendo ojitos, hubiese dicho que tenía mano para los cachorros. Al dejarlos, se sintió desolado, triste, estúpido también.

“Vamos a probar con los de mi especie”, se dijo. “Un macho”, para empezar. Qué naturalidad en aplicar el método científico del ensayo/error, en analizar situaciones. Era un análisis al que no daba importancia, pues no era consciente de que los demás lo viviesen de otra manera. Como manteniéndose ajeno, como en una película. Como si escrutase a quien tuviese delante. Pero se entremezclaba irremisiblemente con las emociones que se desbordaban. Muy irremisiblemente.

-Hola, joven macho ñu número 14.664.

-Hola, Cebrañú.

-Habla.

-¿Cómo?

-Cuéntame tu vida.

A Cebrañú siempre le parecía apasionante la vida de los demás. Quizá no fuesen increíblemente aventureras o llenas de sorpresas. Pero sentía la pasión del otro, sus alegrías y miserias. Las vivía. Tras catorce minutos charlando, se sentía amigo, o al menos muy cerca, del joven 14.664.

-Buenos días, señora cebra anciana número 3.719.

Y así seguía la cosa. Tiempos muy buenos, hasta que llegó al récord.

-Hola, Cebrañú –le hermosa y joven cebra 19.323, de hermosas rayas, ojos y rayas de los ojos, se dirigió a él. Una cebra con la que apenas había cruzado palabra, casuales, sin importancia, una cebra segura e incluso altiva. Pero no era así, le llegaron tres minutos para comprender la verdad. Se dirigía a él mientras estaban apartados, sin que nadie les prestase mucha atención. Era evidente, necesitaba hablar, relajarse con alguien que, sencillamente, escuchase. Y Cebrañú escuchaba. No habló de nada en particular, pero Cebrañú sintió la verdad de la cebra. Sin más herramientas que su belleza, una herramienta de gran poder, se había convertido en esclava de la misma. Era su forma de relacionarse, de ser alguien. Y eso era muy triste. Cebrañú ya nunca la trató igual. Ya no sentía su timidez exagerada ante ella, la trataba con respeto, sonriendo, escuchando. Años después la reconoció entre los rebaños, con sus potrillos. Seguía delineando con esmero las rayas de sus ojos. Pero sus ojos estaban cansados, muy cansados. Cebrañú no paró a saludar, porque tenía la sensación, siempre la tuvo, de que él no era importante, de que

nadie le recordaba.

## **Espejito, espejito**

Cebrañú se ha visto reflejado en la charca. Hoy ha visto un ser tonto, un monstruito. Mañana quizá vea un ser ciertamente imponente, si se levanta con pata impar. ¿Cómo es posible eso?

Cebrañú prueba a mirarse, fijamente, como cuando observa a otros y otras. Mirar a otros no implica un juicio crítico, sino empático y comprensivo. Mirarse a sí mismo... eso ya es otra cosa. Autocrítica, exigencia, una imagen propia defectuosa, autoestima regular-baja tirando a nula. Pero se esfuerza en buscar, en comprender, por eso la imagen se deforma ante él. "Magia", piensa, "es magia queriendo expresarse desde mi interior". La imagen mutante se transforma acorde a su estado de ánimo, a la visión positiva, por breves instantes, de sus cualidades.

-Dime, Cebrañú –habló el espejito. La charca, quiero decir-. ¿Qué deseas ver?

-La verdad –respondió Cebrañú, como si fuese la respuesta más normal y lógica, la que todos harían.

El viento acarició la superficie del agua, y la imagen se deformó, cada vez más.

## **Defensa india de rey**

Cebrañú, inconsciente él, consigue acercarse a los otros, pero sin darse cuenta.

-¡Cebrañú! No te vi llegar.

-Yo tampoco.

Sin embargo, al sacar lo mejor de los demás, no puede dejar de compararlo analítica y emocionalmente con la aparente verdad de su ser interior. Básicamente, lo que esto significa es que Cebrañú se siente poca cosa al compararse a los demás. Como un charco sin reflejo. No me entiendo, les entiendo, no me entienden. Así conjuga el verbo perifrástico "estar-con-los-demás".

-Cebrañú, siempre usas la defensa india de rey.

-Bueno, ¿y qué pasa? ¿Te molesta, está mal? –respondió arisco Cebrañú moviendo un pieza del tablero.

-No, es que es...

-¿Qué es qué? –cuernos iniciando calentamiento-. ¿Agresiva? Pues es lo que hay.

Así, la postura defensiva defiende. Suena tautológico, obvio, pero es que una defensa defensiva se convierte en contraataque. Tiene lógica, ¿no la veis? Pues Cebrañú sí, o no, no sé, pero la ejecuta.

### **Clarividencia que el babuino claramente no ve**

A veces, Cebrañú entra en campo místico extático congelante. Es decir, se queda como frío, sintiendo, aguardando algo, consciencia con brillo. Entonces, sabe. Sabe que sabe, sabe que sabe que los demás no saben. Su honor, su humildad y su imagen-charco le hacen dudar. Pero sabe, y es extraño.

-Babuino chamán. Sé que sé que no sabes.

-Madre mía.

-A veces entro en un sitio, o antes de entrar. Sabiendo quienes están ahí sé, sé lo que puede ocurrir, como acabará el encuentro, como se sentirán. Sé además que sé que lo sé, pero ellos no evitan los daños porque no saben.

-Eeee...

-¿Intuición, apertura mental, misticismo, locura? ¡A ver, dime algo!

-¿No deberías saberlo tú? –preguntó, tímido, babuino.

-Sí pero no, sé que no sabes y por lo tanto no tendrás respuesta, sé que pensarás que algo no va bien dentro de mí pero sé que me escucharás porque me aprecias y sabes escuchar, sé que no se lo contarás a nadie y sé también que necesito un saco de boxeo en forma de babuino, babuino que, cuando me marche, se sentirá dolido por no poder ayudarme, superado y triste, pensando que soy un caso perdido, sintiendo cierta lástima y quizá cierta admiración y verá como me alejo cabizbajo pensando cómo entender esta frase.

-Sin un solo punto. ¿Te pasa a menudo?

-Imagino que sí. Lo peor es que no sé manejar las situaciones y me duele, acabo estropeando todo. No puedo cambiar el mundo, y no es justo.

Cebrañú se marchó cabizbajo. Mientras, babuino se sentía dolido etc. etc.

etc.

### **No ser menos de lo más que puedes llegar a ser**

“Maldita sea”, pensaba Cebrañú, “cómo pueden comportarse así, no hay honor en tal conducta”. Éste era un pensamiento habitual en Cebrañú. Quizá culpa de su código moral innato, o de las novelas de caballería. Mal asunto si se junta al asunto adolescente, que adolece de normas morales. Estar están, pero, o bien en construcción, o bien soterradas bajo toneladas de hormonas y reajustes sociales. Cebrañú siente con claridad las opciones posibles de comportamiento, las elecciones que deben tomarse. No en él, en él son obvias, aunque a menudo fallan cuando la baja autoestima sube a su lomo, o cuando sus cuernecillos se encienden como faros infernales. Cebrañú desconoce dos procesos que en él se fraguan.

-Esto es así.

-Cebrañú, esa es tu opinión.

-No es una opinión, es un “es así”.

-Eres un poco intransigente.

-Maldita sea la incomprensión –rumiaba Cebrañú-. Yo transijo, transito y trasiego. Es que no veis lo que...

-No vemos, ¿qué?

-No sé explicarlo.

-¿Qué quieres decir?

-Es que si no lo ves, no sé explicar, seré yo que no entiendo...

Es probable que Cebrañú pareciese intransigente. Es más que probable que lo fuese, pero sobre todo consigo mismo. Lo que debe hacerse, se hace. Los jóvenes que le rodeaban, isauriodrilos todos! Complejos, crueles, salvajes. Cebrañú todavía no intuía una extraña capacidad que poseía: era inconscientemente consciente de en qué podían llegar a convertirse sus amigos más cercanos. Si aquello era algo que Cebrañú pudiese considerar amistad. “Llegar a ser” era algo así como la capacidad de comportarse con los demás, consigo mismo y con el mundo. Un estar-en-el-mundo que Cebrañú todavía no articulaba en su capacidad de conceptualización. Pero sabía cómo podían llegar a comportarse moralmente sus amigos en el futuro. Y por eso dolía cuando fallaban, aunque Cebrañú tampoco les daba tiempo a corregirse, a crecer. Le encendía los cuernos. Tendrás que esperar, Cebrañú, todos necesitamos

tiempo. Para Cebrañú el momento es ya, y el futuro es algo incierto.

## **El segundo de paz de un sabio atormentado**

Babuino le transmitió las palabras de un sabio: ¿prefieres ser un ignorante infeliz o un sabio atormentado?

Cebrañú caminaba entre manadas y rebaños, su sensación era la de fluir en medio de la ignorancia, de los engañados, de aquellos que creen saber pero no conocen la verdad. Sea lo que sea la verdad, cosa que seguramente él desconocía.

-Ñu 2.286, ¿eres un ignorante?

-¿Qué tontería es esa, Cebrañú?

-¿Conoces la verdad?

-¿La verdad de qué?

-La verdad absoluta –pronunció Cebrañú tratando de ocultar su timidez e ignorancia bajo una capa de suficiencia.

-El pasto verde, la migración anual, sobrevivir al cruzar el gran río.

-Eres sabio, supongo.

Cebrañú dudaba. Aquel ignorante, si lo era, parecía sabio dentro de su concepto de realidad. Además, ajustado a su entorno, respetado y, a su manera, feliz. Él no se sentía feliz, en absoluto. Se hacía además demasiadas preguntas. Un existencialista nato, todo tenía un componente a desgranar, diseccionar y llevarle más allá. A la metafísica de, por ejemplo, una tostada. O el salto de termiteros. O la mitología comparada con las películas de ciencia ficción. Pero sabía que no podía ser de otro modo. Prefería ser así, asumir la búsqueda constante, pasase lo que pasase.

Durante un segundo, fue feliz. Sintió el no saber como algo grandioso, como una gran posibilidad de ser, una aventura. Todo estaba limpio, sin mácula, podría arrancar de cero y forjarse un nombre, una identidad, un futuro, conociendo todo con su gran curiosidad. Todo vacío, pacífico, todo posible. Duró un segundo, un solo instante. Aquel momento en que despertó aquella mañana, al amanecer. Un segundo después recordó, "soy Cebrañú. Estoy jodido". Poco a poco se convertiría en un despertar demasiado habitual: "soy Cebrañú, y estoy..."

## Hagan sus apuestas

¿Quién es capaz de entretener a Cebrañú? Lo han llevado a la feria anual de la sabana. La fama de Cebrañú ya es leyenda. ¿Alguien es capaz de mantener su atención más de dos minutos? De regalo, un Cebrañú de peluche.

La primera concursante es una jirafa que le cuenta sus pesares, que ella considera interesantes y fuera de lo común, además de presentar unas inusuales manchas hexagonales. Cuando todo parecía perdido, ese tema, el de las curiosas manchas, hizo que Cebrañú volviese a atender con interés a la jirafa, pero ésta, sin darse cuenta, pasó a hablar de su prima la del Serengueti. ¿Su prima? A Cebrañú se le fue el santo al cielo y comenzó a pensar en no-se-qué acerca del vuelo en uve de los gansos canadienses llamados barnaclas, creo. Su mirada se perdía en el horizonte. Jirafa descalificada.

El gorila consiguió su atención al hablarle de Dian Fossey y la protección del gorila de montaña. Fantástico, un minuto diez de concentración absoluta de Cebrañú en el tema. El gorila pasó a hablar de cómo entrenaba sus deltoides. Cebrañú, con cara de ñu, se fugó cerebralmente mientras se imaginaba cantando a dúo con una rana toro en la filarmónica de Berlín. Y eso que canta fatal. Adiós, gorila.

La pitón, cuando nadie esperaba nada de ella, casi lo consigue. Empezó a hacer *beat-box*, pero como con su siseo solo podía imitar el charles de una batería, tenía que esforzarse en atrapar la atención de Cebrañú cambiando de ritmos constantemente. Sólo hubo un problema, y es que uno de esos ritmos era clavadito al que Cebrañú imaginó cantando con la rana toro. Cebrañú regresó a Berlín.

Entonces apareció una joven gacela.

-¿Tú qué quieres? –preguntó Cebrañú, aburrido.

-Me da igual, hablar un rato, de lo que sea.

-Vaya, qué curioso, ¿eso no podrías hacerlo con cualquiera?

-No tengo amigos.

-¿No, de verdad que no?

-No, se aburren conmigo, mis patas traseras no funcionan bien. Tengo problemas para escapar de los guepardos, tengo que ocultarme todo el día. Pasan de mí.

Cebrañú escuchó, sobrecogido, la circunstancia de aquel animal, marginado y dolido. La escuchó durante horas, y algo dentro de él cambió. Volvió a ver muchas veces a aquella gacela, trataba de no sentir su pena y miedo, pero se le contagiaba siempre. Trató de no sentir lástima, de comprenderla y aportarle algo de alegría. Pero era difícil. A veces, si creía que no iba a poder estar alegre junto a ella, no iba a visitarla.

Qué duda cabe que la joven gacela quedó encantada con el peluche de Cebrañú.

### **¿Qué es ser adulto?**

Eso es difícil. Qué mayor se sintió siendo un cachorro. O, entendiéndolo de otro modo, de adulto no se sintió muy diferente a cuando era cachorro. Qué infantil llegó a sentirse de adulto. Los demás se comportaban como adultos, lo cual era ciertamente complicado de explicar. A Cebrañú le parecía difícil "ser" adulto. Él era, y ya está. Ser adulto no es hacer cosas de adulto. Para Cebrañú significaba madurar y, a veces, de vez en cuando, sentir que ciertas experiencias le abrían nuevos campos de conocimiento de sí. Años extraños. Ser adulto no era eso que hacían los demás.

-Hola, Cebrañú, ya soy adulto –dijo un macho cebra.

-¿Y en qué lo notas?

-¿Cómo?

-¿Qué parámetros manejas para afirmarlo? –preguntó, sin ánimo de ofender, Cebrañú.

-He acabado mi formación, tengo mi puesto definido dentro de la manada y tengo dos potrillos. ¡Ya está todo hecho!

-Vaya, tengo la sensación de que te has disfrazado.

-¿Cómo dices?

-Te has formado, has definido un puesto en la manada y has tenido dos potrillos. Te has disfrazado.

La coz que propinó el macho cebra quizá fue merecida, o quizá no. Cebrañú sólo trataba de explicarse a sí mismo que ser adulto no es tan sencillo como cumplir los requisitos de una lista. Para Cebrañú se trata de explicarse el mundo, de ubicarse en él, de conocerse a sí mismo y aceptarse. Y todavía se sentía muy lejos de conseguirlo. Además de parecer tarea inabarcable, sentía que había una respuesta que faltaba, a

una pregunta que tampoco existía, y eso le ponía muy nervioso.

Cada vez más solitario, cada vez más incandescente su cornamenta.

### **¡Lúdica agonía!**

Piensas mucho, Cebrañú. Desde el primer segundo del día, en que recuerdas quién eres, tu mente no para. Piensa y piensa en asuntos serios, en historias intrascendentes, en conversaciones fantásticas con los demás aunque no estén presentes. Hasta el final del día. Siempre. Preocupado. Sintiendo que su pensamiento y sus intenciones tienen alcance universal, cósmico.

Cebrañú encontró cierto placer en llevar al límite su bienestar físico. Eso impedía pensar. Le agotaba, lo cual agradecía.

-Hola, cabras. ¿Qué hacéis?

-Ser cabras. No sabemos hacer otra cosa, beeeee.

Cebrañú trató, como siempre, de comprender. Creía no tener personalidad, pues se sumaba a cualquier cosa con total dedicación, fuese quien fuese o lo que hiciese el animal con que se encontrara. Como una esponja de temas, de asuntos, de emociones, de vidas. Creía sinceramente que no tenía personalidad. Con las cabras, balaba. Y escalaba. Con las cabras llegó a estar horas en los riscos, destrozando sus pezuñas. Él, que no era físicamente un escalador. Sin embargo, como siempre, resolvió la situación con solvencia. Mientras se ejercitaba y ponía en riesgo –no siempre midiendo el peligro-, no había más pensamiento que la roca y la caída. Agotado, la mente se calmaba hasta el día siguiente.

Conseguía efectos similares con otras tareas, séase: salto de termiteros, migración corriendo hacia atrás, jugando a ser un rebelde toda la noche, saltando sobre las cabezas de los hipopótamos, comiendo toneladas de pasto, con el placer carnal, con la pesca subacuática en charcas profundas. Todo esto provocó alguna que otra lesión, siempre justificadas por la calma pasajera inducida por su insistente ajetreo físico.

### **¿Yo sé hacer todo eso?**

¡Qué desastre! Cebrañú llevaba demasiados años desilusionándose con sus quehaceres. Ha saltado de una a otra ocupación/pasión/obligación/pasatiempo a otra. Sin saber si su pasión estaba justificada, si realmente le apasionaba, si tenía cualidades...

-A ver, Cebrañú –preguntaba babuino-. ¿Has ido a clases de plantación de

acacias?

-No, me aburro. Es muy lenta la clase.

-¿Pero te gusta?

-Me apasiona.

-Entonces, ¿por qué la has dejado?

-Para aprender a educar crías de rinoceronte.

-¿Te gusta más?

-No.

-¿Entonces por qué lo haces?

-No sé, también me apasiona, y no me veía toda la vida plantando acacias.

-¿Te ves tratando con rinocerontes toda la vida?

-No. Pero se supone que es lo que hace un adulto.

-Dime, Cebrañú, ¿qué es lo que realmente te apasiona?

-La existencia.

Cebrañú pensó, pensó mucho, y su atribulada mente, de autoestima nula, empezó a concluir cosas. Quizá –era una remota posibilidad–, sabía hacer cosas bien. Sabía hacer bien el poder hacer muchas cosas diferentes, aunque no fuesen perfectas. Podía relacionar todas esas cosas. Podía juntarlas y que cobrasen una forma nueva, diferente. Eso sí, no sabía explicarlo de forma lógica. Sentía que podía ser así, y lo hacía. No saber explicarlo bien, le hacía sentirse algo inepto. Una vez llevó adelante un proyecto donde unía la cría y educación de rinocerontes gracias al cultivo responsable de la acacia como planta ornamental. O la recuperación de termiteros como proyecto artístico al crear esculturas mientras daba hogar a las termitas en los campos de entrenamiento. Pero nada de eso era suficiente. Estaba bien ayudar con los termiteros de su sabana, pero, no llegaba a todos los termiteros del mundo. Sabía que sonaría soberbio si lo decía en alto. Sabía que era un pensamiento extraño, aparentemente poco humilde. Pero era su humilde y honrado deseo por el bien común. Cósmico.

Año tras año, su potencial, que a veces intuía, no cobraba forma. Sentía,

año tras año, frustración tras un nuevo intento y una nueva caída.

## **El alma, la psique y un dios nórdico**

Un tipo grande, rubio, muy diferente a los masai, apareció por la sabana. Cebrañú, al ver a alguien diferente, no pudo sino acercarse y entablar contacto. Podría ser un extraterrestre.

-No, soy noruego.

-Interesante. ¿Profesáis religión alguna?

-Sí, tenemos unos cuantos dioses, el más importante es Odín. En realidad, según una de sus muchas leyendas, es la unión de tres dioses anteriores.

-¡Ja! –se rio Cebrañú.

-¿De qué te ríes?

-Mi alma-psyque-o-lo-que-sea está dividida en cuatro.

-Explícate, oh, criatura mítica africana.

-Verás, hombre del norte, tratando de comprenderme en toda mi globalidad tuve problemas, y todavía los tengo. Así que me di cuenta de que mi alma-psyque-o-lo-que-sea estaba dividida en diferentes maneras de acercarme a la verdad del mundo y a mí mismo.

“Las cabras me llevaron a mi ser más salvaje, al instinto natural que me impelía a la supervivencia, a creer en mi naturaleza física. Aprendí a responder con esas características ante el mundo, a sobrevivir, a amar físicamente, a alimentarme. A darme cuenta de que no somos libres, esclavos de la genética del instinto. Soy bastante bestia.

“Babuino chamán me ayudó a comprender la espiritualidad cósmica, quizá divina. Estoy solo, pero en esta soledad me encuentro en el uno universal. Aprendí que esa dimensión espirituosa está latente en todos, y quise comprenderla.

“La ciencia, la razón, la lógica. Compañeras que me ayudan a encajar las piezas, a analizar lo que me rodea y mis pensamientos. Con las pezuñas en la tierra. “Solo creo en lo que veo”, dice el murciélago.

“Finalmente, solo una capacidad alógica o ilógica, instintivamente constructiva, encuentra soluciones donde la razón no llega. La creatividad aplicada. Aplicada a cualquier cosa. Aparece de la nada, sin pedir permiso, capaz de unir cualquiera de las otras partes de forma coral. Como el canto

improvisado de la gallina de guinea.

-Fabuloso –dijo el noruego-. ¿Eres una especie de dios?

-No –negó Cebrañú-. Desgraciadamente yo, ahora mismo, soy un ser inferior en este plano y región del mundo terráqueo.

-Oh, lo siento mucho, mis condolencias.

-Gracias, muy amable.

### **Mejor solo que ser mala compañía**

Cuantas veces se obligó a decir eso. Amigos, compañeros, parejas. Cebrañú se sentía atterradoramente solo, y peligroso para la estabilidad de los demás. Poca cosa, insuficiente. Irascible. Dubitativo. Tímido. Exigente, exigido. Juez, acusado.

Sintió que estaba fuera de juego, que no podría cumplir las expectativas. No sería bueno para acompañar a nadie. Sauriodrilos todos, sauriodrilas todas. Con amor lo pensaba, con amor lo sentía. Por eso, por el bien de los demás, se apartaba. ¿Cómo explicarlo? ¿Quién podría comprender las palabras que no saldrían jamás de su boca? No deseaba ser una mala compañía.

¿Cómo defenderse del mundo, de sí mismo? Agotando sus energías físicas. Apartándose. Defendiéndose. Anticipándose a ataques que no existían. Encendiendo sus cuernos. Tomándose a broma. Con indiferencia ante el mundo. Buscando nuevas vías, nuevas alternativas. Tratando de aprender, eso siempre, pues le gustaba. Eso le hacía sentirse bien.

La vida, cuando echó la vista atrás y se sinceró, a pesar de los buenos, grandiosos momentos, le parecía una tortura. Cebrañú no vivía, sobrevivía.

### **No me lo creo**

Cebrañú conoció casualmente a una cebra. Esta parecía no-entenderle mejor que otras. Vaya, ¿cómo aceptar eso? Cada vez que trataba de ayudarle, Cebrañú se ponía a la defensiva. Hasta que aquella cebra tuvo una lúcida idea, una apreciación certera, un acto de clarividencia que se negaba a Cebrañú.

-Cebrañú, creo que ya sé qué te pasa.

-A ver, sorpréndeme.

-Eres superdotado.

-Hala, te has vuelto loca.

La negación fue inmediata, inmediatísima. Sin embargo, un hilo de esperanza nació. Aquello tocó fibra, como si tuviese un cruel y paradójico sentido. Era una broma tan cruel que se derrumbó. Negó. Pero quería saber. ¡No puede ser verdad! Pero necesitaba escuchar. Suponía el fracaso más grande de su existencia. Él, el gran Cebrañú, no había encontrado la respuesta a sus tribulaciones, ¿aparecía ahora, tras tantísimos años? De ser cierto que fuese superdotado. Y él no lo había descubierto.

Porque no era inteligente. Era un fracasado. No sentía que hiciese nada mejor que los demás. Pero... a veces sabía que sabía lo que otros no sabían. A veces sentía que alcanzaba respuestas que... no, era imposible. Era capaz de aplicar la creatividad a la filosofía y al cuidado de personas necesitadas de ayuda. Era capaz de sentir la metafísica como algo artístico. Sentía profundamente el dolor ajeno. ¿Y qué, eso que significaba? A ver, ¿qué demonios significa ser superdotado?

-Vale, tú escucha y dime si te suena de algo.

-No puede ser, no puede ser pero...

-¿No encajas, te sientes diferente, incluso los demás te tratan a veces como diferente?

-Eso le pasará a muchos, digo yo...

-¿Te costaba estudiar? ¿No? Pues a veces suspendías, te echaban de clase o aprendías todo el último día –la cebra parecía no dudar-. Te aburrías pero te encantaba aprender, de todo. Eso sí, eres irremisible autodidacta. ¿No te han llamado rebelde, vago incluso?

-No sé, no es lo que más define mi vida –Cebrañú negaba y temblaba, aquello encajaba...

-La constante frustración, ¿eso encaja? ¿De pequeño no te has preguntado sobre qué es la vida, Dios o el universo?

-Supongo que sí.

-Y a pesar de tus cuernos incandescentes, Cebrañú, eres bueno, humilde,

quieres lo mejor para todos.

-Eso sí.

-Filosofía, sea eso lo que sea.

-Sí, claro.

-El arte, la creatividad.

-Qué remedio.

-La ciencia –Cebrañú asentía con un cuerno y negaba con el otro. Era capaz de hacerlo, en serio.

-¿Entiendes a los demás, te entienden, qué sientes al respecto? Estás solo, Cebrañú, te sientes solo. Tu maldita intuición, ese extraño sentido del humor y del honor. La imagen de ti mismo, tan deteriorada. No lo hubieses sospechado nunca.

-Es que no es verdad.

-Sabía que lo negarías, es lo que hacen todos.

-No me encuentro bien.

-Si es cierto, Cebrañú, y estoy segura de que así es, ¿qué sentirías?

-Un alivio inmenso.

-Vamos a hacer una prueba.

-No. Me asusta. No puede salir bien.

-Cebrañú, vamos a hacer un test.

## **Epílogo**

Cebrañú es ahora más optimista, aunque no deja de ser Cebrañú.

Todo encajó, todas esas sorprendentes características de lo que se suponía era un superdotado -ahora las resumiremos-. En cualquier caso, nunca había pensado en eso. Por lo tanto, su sensación de cómo debía ser un superdotado nunca pudo ser muy realista. Era uno de ellos, pero siempre había pensado que no podía ser así, que sería otra cosa. Por eso le costaba creérselo o entenderlo, incluso pasado el tiempo no era sencillo, ni se creía especialmente hábil en ciertas cuestiones intelectuales. Había pasado el test, sí, ese que nos dice que un

superdotado ha de tener un cociente intelectual de un mínimo de 130. Además, todas las características que, en realidad, retrataban su existencia.

Si algo sintió en un primer momento, fue alivio. Esa pieza que faltaba, la sensación de que algo no iba bien, una respuesta que al fin llegó. Desde luego, ni él ni su entorno, nadie, parece ser consciente de qué significa realmente ser superdotado. Sí, entra dentro de las llamadas altas capacidades, pero es diferente. El elemento fundamental es el emocional. El componente ético, la empatía, que puede desbordar a Cebrañú y a tantos como él. No es cuestión de números, de recitados memorísticos ni notas de exámenes. No es cuestión de desmotivarse en clase, es el motivo de por qué se desmotivan. No se motivan por falta de empatía con la lección, porque no son tareas que despierten su creatividad, porque emocionalmente se alejan del objeto de estudio. El contexto es importante, contextualizar el tema para empatizar con él, sentirlo. La superdotación no es cosa de una gran ecuación, sino de emociones. O, quizá, de la intensidad de esas emociones. Desbordan, ahogan.

Qué complicado le parecía a Cebrañú, y más en estos tiempos donde se habla de inteligencias múltiples, inteligencia emocional, creatividad, habilidades sociales... A Cebrañú dejó de importarle su posible talento matemático o viso-espacial, le daba exactamente igual. En un primer momento no pensó en trabajar esas habilidades, pensó que era más importante trabajar la concentración, la creatividad –típica del superdotado- y así poder desarrollar sus habilidades intra e interpersonales, dedicarse a lo que le gusta. Necesitaba confianza.

Su nueva condición no significaba, en absoluto, una solución, una pócima mágica que resolviese en un parpadeo sus pesares. No es iluminación búdica. Cebrañú se lo explicó así: habían volcado un gran puzle, de unas diez mil piezas, ante él. No conseguía encajarlas, era imposible y se desesperaba, más de la mitad estaban boca abajo. La noticia de ser superdotado consiguió un pequeño milagro. Todas las piezas estaban boca arriba. Podía diferenciar los colores y las formas. Llevaría tiempo, pero podría encajarlas con método, paciencia y perseverancia. Además, se suponía que tenía ciertas habilidades especiales, seguro que podría aprender a potenciarlas de alguna manera.

Por supuesto, esto no es aplicable a todos los superdotados, no exactamente. No son todos iguales. Hay características básicas compartidas, pero pensemos en otros detalles importantes. Un superdotado puede tener un buen entorno familiar, quizá no sabe que es superdotado pero su vida transcurre sin demasiados problemas. Puede ser que se detecte, y así, además de un entorno protector, tendrá ayudas especializadas. Pero caben otras opciones. Se puede ser superdotado, no estar diagnosticado y, además, pertenecer a un hogar desestructurado. Este era más bien el caso de Cebrañú. No ayudó a que ciertas de sus

características se mostrasen a tiempo o de la manera adecuada. Había otros problemas en qué pensar.

Lo más curioso es que Cebrañú leyó artículos y libros acerca de su recién adquirida condición. Se rio por no llorar, parecía una burla. A los superdotados se les llama cebras. ¿En serio? ¿No es una broma? No son domesticables, son enormemente sociales y diferentes las unas de las otras. ¿Cómo descubrir ciertas diferencias entre tantas rayas? Cebrañú se llevó las pezuñas a la cabeza, vaya broma, ¿una señal del destino? Su nombre, Cebrañú, y esto es totalmente verídico, fue el nombre artístico de uno de sus muchos y caóticos proyectos, mucho antes de conocer la superdotación. Quizá porque él no sólo era una cebra superdotada. Era un poco ñu, víctima de un entorno difícil y, para él, duro. También tendría que trabajar estos aspectos.

Cebrañú, entre sus múltiples quehaceres, trabajó con diversidad funcional, aislamiento social y colectivos en riesgo de exclusión. Trabajó con cachorros y mayores, con enfermos, con afectados, con los muy afectados. Pero jamás con altas capacidades. Otra broma, muy divertida. Al tener su respuesta, su diagnóstico, no pudo dejar de pensar en algo un tanto triste -aunque él se lo tomó a cachondeo, así era su sentido del humor-. Este aspecto triste era reconocerse en el hecho de que él siempre había sido una persona con diversidad funcional; su dolor, su comportamiento y las consecuencias de estos le recordaban a las personas con enfermedad mental, por ejemplo. Sintió la marginación. La diferencia estaba en que a él no le ayudaron, no hubo comprensión ni se le perdonaron ciertos errores. Ni siquiera sabía.

¡Pero bueno, calma! Parece un castigo divino... Y no tiene por qué serlo. Sí, es duro, pero si se ayuda a llevar se puede desarrollar una personalidad fantástica, atractiva y ser feliz. Empleemos la lógica: los superdotados que han sufrido son los que nutren las estadísticas de los psicólogos. Nadie va al psicólogo si no se encuentra mal, por lo tanto, los superdotados felices no nutren la estadística. Y los superdotados no diagnosticados felices, tampoco. La nutren los cebrañúes. O cebrañús. O como se diga, qué más da.

Me ha dicho Cebrañú que le gustaría ayudar en algo, pero aún no sabe cómo. Si ha trabajado con tantos colectivos, quizá las altas capacidades sean el siguiente, ¿por qué no? También piensa en que una cebra leyó un libro y lo vio retratado, así ese alguien consiguió ayudar a un superdotado que no sabía que lo era. Quizá caiga este libro en manos de un superdotado. O de cualquiera que pueda aprender a entenderlos. O de personas que trabajen o estudien en el ámbito de la diversidad funcional, la educación o el trabajo social. Podría ayudar a pensar que todos somos diferentes, y que todos crecemos cuando conocemos lo diferente. Nos enriquecemos, mejoramos nuestra empatía. Aprendemos a preguntar, a

responder, a escuchar.

Quizá la historia de Cebrañú es tan particular –como la de todos- que necesitemos un pequeño listado que aclare algunos puntos. No sólo lo que define a Cebrañú, pues este no es el listado más riguroso ni una propuesta clínica de tratamiento. Son los puntos más reconocibles. ¿Qué suele ser característicos de un superdotado o superdotada?

-La precocidad en la edad infantil. Y sí, pueden preguntar sobre la vida, el más allá, Dios y cosas un tanto desmesuradas.

-Quizá sientan que todo sucede despacio, que las clases van lentas. Sentirán que lo ven todo como ajenos, en ocasiones. Como en una película. Analizando la situación.

-Pero llegarán a fracasar en los estudios, desmotivados, sin una orientación clara respecto a qué pueden o deben hacer. Se aburrirán, se alterarán cuando en clase se expliquen obviedades de forma tan lenta. Llegarán a enfadarse. Incluso de adultos, cuando una reunión sea algo tan ridículamente tonto.

-Probablemente serán autodidactas. Además, querrán aprender de todo y en cualquier momento, pasando de una cosa a otra sin pensárselo demasiado. Sí, son muy femeninos, pues pueden hacer varias cosas a la vez.

-Leerán mucho. En ocasiones, si su mente se colapsa, pararán. Pero volverán a ello y se pondrán a leer, por ejemplo, a Kierkegaard y otros filósofos. Se lo cuestionan todo. Todo.

-Y les interesará la ciencia.

-Y el arte, son muy creativos. De hecho, se les da de muerte pasar de una cosa a la otra, mezclando arte y filosofía, ciencia y asuntos sociales... Lo que llaman pensamiento arborescente, encadenando temas e ideas aparentemente inconexos.

-El pensamiento arborescente es caótico, cuidaos de él. Un superdotado divagará de un tema inicial a otros completamente diferentes. Para él están conectados y tiene todo el sentido. Pero esa conversación será complicada, y si es una discusión, ni te cuento. Puede que se olvide incluso de por qué discutís.

-Tras la discusión no hay duelo. De la emoción dolorosa, si cree haber resuelto su duda, pasará a estar tan tranquilo pensando en otras cosas. A ti te seguirá doliendo un rato, lo cual es normal.

-A veces sienten saber... sin saber explicarlo. Su lógica creativa y emocional muestra –como diría Wittgenstein- de una manera poco demostrable que esto-es-así. Y lo sabe. De ahí esa clarividencia ante determinadas situaciones. Puede parecer soberbio, aunque no es la intención.

-Recordemos, son bombas de empatía, se emborracharán de las emociones de los demás, para bien y para mal.

-Su mente no para. Está continuamente funcionando, del amanecer hasta que se cierran sus ojos. Típico del superdotado es desear “que me pare la cabeza ya, por favor”.

-Se sienten solos. No entienden correctamente a los demás, no creen ser entendidos. Incluso es frecuente que los vean como “raritos”.

-Son existencialistas natos. Entienden lo que es estar-en-el-mundo. Una condición compleja de responsabilidad, implicación, conciencia universal, misión vital, condición, conexión. Existencialistas, vaya.

-Es posible -solo posible, Cebrañú duda de si añadir este punto- que tengan ciertos problemas cuestionando la autoridad.

-¡Pero si sé que algo es de esta manera cómo quieres que...!

-Cebrañú, no la lées más...

Ser útil es importante para Cebrañú. Así que se siente bien. Los cambios lo llevan a ser optimista. Ya no se siente solo, desde luego no tanto. No deja de pensar, pero eso ya no supone una tortura. No sobrevive, empieza a entender qué es eso de vivir.

Pero no deja de cuestionárselo todo. Y esto último no es característica de nada, es un consejo que os regala.